

El intervencionismo estadounidense frente al estallido revolucionario en México, un caso excepcional en Latinoamérica

Manuel Alejandro Hernández Ponce

malejandro93@hotmail.com

Universidad Autónoma de Sinaloa

RESUMEN

El presente artículo realiza un breve análisis sobre algunos de los discursos que se publicaron en Estados Unidos durante las dos primeras décadas del siglo XX respecto a la política exterior de la Casa Blanca y su impacto sobre Latinoamérica.

Un caso excepcional fue el de las voces que emanaron desde distintos círculos de opinión donde se criticó o justificó la postura neutral de la Casa Blanca ante el estallido revolucionario en México. Se consideró que las acciones tomadas por el Departamento de Estado ante el país vecino reflejaban no solo un interés económico o social, sino también geopolítico. Dicha discusión se alimentó de comparaciones y ejemplos que aludieron al trato diferenciado de la acción interventora estadounidense hacia México de frente a otras revueltas políticas en Latinoamérica.

PALABRAS CLAVE

Intervencionismo, América Latina, Revolución Mexicana, opinión pública, política exterior.

Abstract:

This article makes a brief analysis of some of the speeches that were published in the United States during the first two decades of the twentieth century regarding the foreign policy of the White House and its impact on Latin America. An exceptional case was the voices emanating from different circles of opinion where the White House's neutral stance was criticized or justified by the revolutionary outbreak in Mexico. It was considered that the actions taken by the State Department in the neighboring country reflected not only an economic or social interest, but also a geopolitical one. This discussion was fueled by comparisons and examples that alluded to the differential treatment of US intervening action against Mexico in face of other political revolts in Latin America.

Key words: Interventionism, Latin America, Mexican Revolution, public opinion, foreign policy.

Introducción

La postura de Washington hacia los distintos conflictos latinoamericanos no puede encasillarse como unilateral, pues sus acciones fueron consecuencia de un complejo de intereses y contextos específicos que determinaron su intervención en distintas tónicas y tenores. Ello permite rechazar aquellas miradas homogeneizadoras que reducen al intervencionismo estadounidense a una intromisión sistematizada de la vida política y social continental.

Más que hacer un recuento de los distintos momentos de intervención estadounidense sobre Latinoamérica, se busca en este trabajo destacar las críticas y argumentos que justificaron la política intervencionista de la Casa Blanca al inicio de la segunda década del siglo XX. Especialmente se atenderán algunas de las voces críticas que dentro de los Estados Unidos se difundieron respecto a la postura neutral de Wilson ante México frente al levantamiento revolucionario de 1910.

Dentro y fuera del territorio estadounidense se vertieron distintos discursos respecto al deber de los Estados Unidos frente a una realidad latinoamericana que parecía en momentos estar marcada por la violencia y las luchas intestinas por el poder político. Desde las propuestas de la nueva historia política, no es posible analizar la postura exterior dentro de un solo canal de motivaciones e intereses; es necesaria una visión multicausal que analice las motivaciones que impulsaron al intervencionismo estadounidense.

En consecuencia, no puede considerarse al intervencionismo estadounidense como una práctica determinada por la satisfacción de necesidades genéricas [alimento, territorio, recursos naturales, etc.], dado que la Casa Blanca planteó su actuación acorde al campo experiencial de sus políticos y diplomáticos, mientras que su actuación se adaptó al horizonte de expectativas planteado en su política exterior.

La diplomacia armada estadounidense sobre Latinoamérica a inicios del siglo XX

A finales del siglo XIX, la influencia política y económica de los Estados Unidos sobre Latinoamérica pareció crecer sin ningún obstáculo. El objetivo de la política exterior de Washington fue romper la dependencia existente entre algunas naciones ante Europa, lo que permitiría el bombeo de recursos e insumos necesarios para el crecimiento y fortalecimiento de la industria norteamericana.

American Diplomatic Question (Henderson, 1901) fue una obra que a principios del siglo XX discutió detalladamente la acción intervencionista de la Doctrina Monroe⁴. Legitimó las acciones de Washington sobre Latinoamérica más allá de aspectos económicos, pues se aludió a una actuación por razones humanitarias. La diplomacia fue en el discurso la única opción no armada para frenar la crueldad y el inútil derramamiento de sangre

⁴ Esta obra hace un recorrido sobre los principales problemas diplomáticos a los que se enfrentaron los Estados Unidos a nivel internacional; en un primer apartado se discuten las negociaciones sobre la sesión de derechos sobre el territorio de Alaska, las controversias entorno a la construcción del canal interoceánico desde el istmo de Tehuantepec, la ruta por Nicaragua y el canal a través de Panamá; un tercer apartado señala las controversias en torno al territorio de Samoa y su negociación en las conferencias de Berlín.

latinoamericano:

El derecho ley internacional permite a una nación violar la soberanía de otra en instancias excepcionales [...] Pero cualquier acto con la intención de destruir la existencia de una nación o de limitar su soberanía, cuando se comete bajo el pretexto de defensa propia, debe encontrar su justificación en un código más alto que el derecho internacional (Henderson, 1901: 289).

Se argumentó entonces que era un deber procurar el respeto de la soberanía de las naciones latinoamericanas, a menos que se amenazara su derecho natural de auto preservación. Fue así como se justificó la intervención estadounidense, pues, aunque atentara al derecho internacional, sobre toda ley debían cuidarse los intereses humanitarios⁵. La invasión forzosa era necesaria siempre y cuando se buscará la protección a personas o propiedades, suprimir insurrecciones o extinguir conflictos raciales. Es importante que, aunque no fue explícita la relación entre estos argumentos y los objetivos de la Doctrina Monroe, ambos enfoques se sustentaron sobre condiciones argumentativas similares⁶.

Esta postura se sustentó como un punto de vista totalmente estadounidense, pues ante el coro internacional de naciones estos discursos fueron objeto de denuncias, como una abierta violación a la ley y tratados internacionales.

Los representantes diplomáticos estadounidenses fueron cuidadosos entonces de reconocer las leyes y tratados internacionales. El cuerpo consular y de embajadores del Departamento de Estado se mantuvo atento a los giros de la política de Washington, defendiendo siempre los actos de política exterior como motivados por un carácter totalmente humanitario. Se sustentó en distintos foros internacionales que toda acción

⁵ Como se podrá ver en los párrafos siguientes, la intervención basada en actos humanitarios y de pacificación fue el discurso más aludido con el que se justificó la acción armada sobre la mayoría de naciones latinoamericanas que atravesaban por conflictos sociales internos o con luchas en contra de la injerencia de alguna nación europea.

⁶ Según Henderson las causas inmediatas que condujeron a la publicación de la Doctrina Monroe fueron la serie de eventos revolucionarios que se manifestaron en sur y centro América, lo que atrajo a alianzas europeas que buscaban tomar el lugar de la monarquía española. (Henderson, 1901: 299).

estadounidense resultaría de que: “una nación puede descartar su obligación de respetar la soberanía de sus vecinos con el objetivo de la auto-preservación, o inclusive para prevenir un daño, es una cuestión de política y no de legalidad” (Henderson, 1901: 292). Los Estados Unidos estaban dispuestos a utilizar todos sus recursos (legales y no legales) para imponer a la mayor brevedad la estabilidad de la situación latinoamericana.

Pero ante las múltiples actuaciones, algunos autores al interior de los Estados Unidos buscaron diagnosticar las causas de la inestabilidad política en Latinoamérica. Uno de los autores más destacados que abonaron a esta discusión fue John Wyeth, quién diagnosticó que en la heterogeneidad étnica se asentaba la explicación de los principales problemas en América Latina. Consideró que “la existencia en el mismo Estado de diferentes razas, diferentes lenguajes, previene la homogeneidad y la solidaridad que eran condiciones indispensables para el éxito de un gobierno democrático” (Wyeth, 1916: 5). El modelo contrario eran los Estados Unidos, que, con un solo lenguaje y mayoría racial, impuso en su territorio un solo gobierno y economía. En consecuencia, para que América Latina alcanzara cierta estabilidad, se debía procurar homogenizar a la población.

Además de los aspectos raciales, Handerson consideró problemático el hecho de que los países recién independizados no supieron asumir la responsabilidad de autogobernarse. Fue entonces que “tanto tiempo, el peón, bajo control fue calmado y manejable, pero cuando toma el mando, y se vuelve su propio amo, es turbulento, salvaje y brutal, actuando con toda crueldad, lujuria y desagrado por la vida humana” (Henderson, 1901: 292).

Por todas estas razones se marcó como justificable la intromisión estadounidense, la Doctrina Monroe era la cura al mal contagiado por los europeos, pues ni España o Portugal crearon en América alguna identidad latina, un ingrediente necesario para que las naciones se perfilaran hacia la modernidad. Era en consecuencia “deber estadounidense” guiar a las jóvenes naciones, para que valoraran las bondades de la democracia (Henderson, 1901: 294). Estos análisis justificaron en distintos grados la política intervencionista de la Casa Blanca. Bajo el mismo artificio legal de la defensa propia, se justificó el protectorado estadounidense que en ciertos momentos podría ser

ilegal, pero de acuerdo a todos estos argumentos, era legítimo.

Se pretendió crear en América Latina una dinámica de dependencia, donde Estados Unidos jugara el papel del eje articulador de la economía y vida política de las naciones. Para ello se diseñaron dos vías de actuación una política y la otra económica; la primera resultó del reconocimiento y creación de protectorados o gobiernos tutelados; la segunda mediante la inyección de capitales y la exención de préstamos. Las anteriores no fueron las únicas opciones, pues se argumentó que, aunque la intervención armada era indeseable, en muchos casos embarazosa, en algunos casos era necesaria, pues de no hacerlo peligraban intereses y vidas de norteamericanos a lo largo del continente.

Sin embargo, algunos detractores del intervencionismo estadounidense señalaron que esta acción era motivada por un espíritu “mesiánico”, cuya misión era tutelar la vida latinoamericana. Sin embargo, esta actuación se caracterizó por la intromisión económica y militar, acciones que se condenaron como parte del problema de la inestabilidad latinoamericana.

La influencia de la opinión pública sobre el gobierno estadounidense se puso de manifiesto durante la guerra contra España en 1898 pues, aunque la opinión pública estadounidense no concordaba con intervenir en Cuba con las armas (incluyendo al propio presidente William McKinley); las opiniones que se extendieron entre algunos grupos de poder –clase política y prensa- frenaron o impulsaron al gobierno hacia una acción armada.

El diario demócrata *St. Louis Republic* llamó a “mantenerse con el presidente” quien había sido cuidadoso con su política exterior, la guerra no podía ser tomada a la ligera, se debía “mantener el honor nacional e incrementar la justicia americana dentro y fuera de casa”⁷; se consideró poco honorable actuar visceralmente.

Los demócratas declararon necesaria una intervención sobre Cuba, aunque prefirieron proponer la mediación a la guerra, en contraparte los republicanos reclamaron una

⁷ *St. Louis Republic*, San Luis, Missouri, Estados Unidos, 12 de abril de 1898, p. 1

acción inmediata, que debía ser ordenada desde la Casa Blanca y no por el Congreso⁸. Ambos partidos evidenciaron una preocupación por la carga semántica que recaía en el hecho de impulsar una acción armada.

Pero Al día siguiente, la prensa había nombrado a los republicanos y demócratas como “partido de guerra” y “partido de paz” respectivamente⁹. Mientras tanto, al presidente se le calificó como *christian statesman*, gracias a su interés de agotar el recurso diplomático ante la guerra¹⁰. Sin embargo, la principal preocupación de Mckinley fue llegar a reconocer a los insurgentes como un gobierno legítimo, lo que le trajo más detractores de los que ya tenía su postura, aun dentro de su partido. Sin embargo, todas las discusiones internas callaron ante la noticia del hundimiento del *Maine* en costas cubanas.

En el diario *The Paducah Daily Sun*, se argumentó que la “intervención armada” era mal entendida, pues la declaración de guerra contra España no era por la explosión del *Maine*, la población debía entender que era “una guerra de conquista que separa a España de Cuba, Puerto Rico y Filipinas”¹¹. Sin embargo también se aclaró que el objetivo final no era la anexión sino asegurar que estas jóvenes repúblicas cooperaran con Washington para establecer “diplomáticamente” un intercambio de ideas e intereses en el marco de la libertad continental.

Al siguiente día, el 13 de abril de 1898 la guerra fue impostergable, se advirtió: “España está ansiosa de luchar, su gabinete declara que el mensaje de Mckinley está lleno de insultos”¹². Mientras las armadas de ambos países estaban en camino a la batalla; en el Congreso estadounidense los Demócratas buscaron asegurar el reconocimiento de los insurgentes, si la guerra iniciaba antes de ello, no se podría garantizar que de ellos emanara un gobierno legítimo. Finalmente, (aún sin el reconocimiento a la insurgencia)

⁸ Uno de los principales detractores del presidente fue el Senador Lindsay quien apoyaba el inicio de la guerra, aunque dudaba que esta propuesta fuese apoyada con una mayoría significativa, por lo que reclamaba que de la presidencia debía darse la resolución final. En: *The Paducah Daily Sun*, Paducah, Kentucky, Estados Unidos, 11 de abril de 1898, p. 1

⁹ De esta forma fueron llamados los partidos estadounidenses en la prensa, refiriéndose a la postura que se tenía frente a España ante el caso cubano. En: *The Paducah Daily Sun*, Paducah, Kentucky, Estados Unidos, 12 de abril de 1898, p. 1

¹⁰ *The Paducah Daily Sun*, Paducah, Kentucky, Estados Unidos, 12 de abril de 1898, p. 4

¹¹ *The Paducah Daily Sun*, Paducah, Kentucky, Estados Unidos, 12 de abril de 1898, p. 3

¹² *The Paducah Daily Sun*, Paducah, Kentucky, Estados Unidos, 12 de abril de 1898, p. 1

el 14 de abril los diarios estadounidenses reseñaban “la nación a hablado -Cuba llora su captura- la pérdida de nuestro Maine será vengada”¹³. La intervención parecía a todas luces justificada, la lucha era por librar a Cuba, además que se garantizó la pérdida del mínimo de vidas americanas.

En el conflicto con España parecía clara la intención de neutralidad de Wilson, no obstante, sus esfuerzos fueron soslayados por la presión de quienes consideraron la acción armada como la única solución y un acto de justicia. En este caso debe atenderse como algunos grupos de presión incidieron en la política internacional estadounidense, aun siendo contrario a la voluntad del ejecutivo nacional¹⁴.

Uno de los discursos más socorridos fue el del hermano mayor que debía impedir el abuso europeo sobre los asuntos americanos, pues en términos de la Doctrina Monroe debía asegurarse que América fuera para los americanos. Inclusive una acción armada debía ser planteada por razones humanitarias.

Se culpó a Europa por provocar y tolerado la perversión de los pueblos que tenían bajo su control, por tanto, era tarea de la Casa Blanca era conducir de la mano a Latinoamérica hacia la modernidad. Algunas voces acusaron a Estados Unidos de ser en extremo paciente ante las naciones continentales, por lo que se culpó a la distancia política y cultural entre ambas esferas como la causa de las hostilidades intervencionistas¹⁵.

Entre las justificaciones históricas que se argumentaron respecto al intervencionismo se aludió a las diferencias sanguíneas, de idioma, culturales y religiosas (Brown, 1912:77); causas de malos entendidos y enfrentamientos estériles que solo podían ser dirimidos por la acción de la diplomacia de Washington¹⁶. La heterogeneidad racial y étnica fue

¹³ The Paducah Daily Sun, Paducah, Kentucky, Estados Unidos, 14 de abril de 1898, p. 1

¹⁴ Sobre la influencia directa de los grupos de presión estadounidenses sobre la política exterior de Washington ante el México revolucionario ver: (Lorenzo Meyer, 1973, pp. 32-37)

¹⁵ Uno de los autores más activos que escribieron en la prensa y distintos medios estadounidenses al respecto fue el escritor y periodista Marshall Brown, en: (Marshall Brown, Philip, 1912).

¹⁶ Se aceptó el hecho de que la actitud de algunos estadounidenses que residían en Latinoamérica, los cuales bajo pretexto de extranjería burlaban a las leyes e instituciones, explotaban a poblaciones locales y se amparaban en la diplomacia para quedar impunes, pero

una de las características latinoamericanas que se usaron para justificar la intervención en sus múltiples acepciones; se consideró que el espíritu y moralidad de los pobladores era perverso, por lo que la acción armada era un bien que aseguraba a los latinoamericanos alcanzar la libertad y modernidad.

La Doctrina Monroe en su “espíritu” desde mediados del siglo XIX marcó la pauta de lo que la política diplomática estadounidense debían ser; sin embargo, en la práctica, su aplicación fue objeto de interpretaciones que respondieron al interés gubernamental sobre cada nación latinoamericana

Un caso excepcional fue el del gobierno de México, sobre el cual la actitud de la Casa Blanca había sido de colaboración y reconocimiento. El régimen encabezado por Porfirio Díaz fue considerado ejemplo de pacificación y disciplina del que debían aprender otras naciones latinoamericanas que vivían conflicto (aludiendo a Cuba, Venezuela, Haití, Nicaragua). Se relacionó su éxito a la similitud con la política a la estadounidense, pues su “constitución es muy similar [...] la constitución de muchos estados esta cercanamente parecida a la de los estados americanos”¹⁷. La prensa estadounidense informó que México despertaba hacia una nueva era; según las declaraciones de algunos viajeros “en ninguna porción del mundo es la vida o propiedades más seguras que en la república de México [...] el testimonio universal de extranjeros es que México es bien gobernado como ninguna nación en el mundo”¹⁸.

Durante los primeros meses de 1910 a pesar de la agitación electoral, era incuestionable la estabilidad de México. En un mensaje editorial de la *American Press Asociation* se declaró que:

El gobierno de México es hoy muy diferente de lo que era cuando este estado vivía en estado revolucionario, aún común en América Central.

ello no daba derecho a los gobiernos o pobladores latinoamericanos de atacar a la población extranjera, pues fueron considerados estos casos como excepcionales.

¹⁷ *The Alamogordo News*, Alamogordo, Nuevo México, Estados Unidos 18 de enero de 1900 p.1

¹⁸ *The Alamogordo News*, Alamogordo, Nuevo México, Estados Unidos, 18 de enero de 1900 p.1

Había un tiempo cuando no era seguro para nadie en este turbulento país. Fue entonces cuando los bandidos florecían¹⁹.

Las noticias sobre el estallido armado de noviembre fueron contradictorias entre los principales diarios norteamericanos; mientras algunos auguraron un negro desenlace para el maderismo, otros señalaron que era el principio del fin para Díaz. A finales de noviembre, la nota editorial de *Los Angeles Herald* pronosticó que “la “revolución” mexicana puede terminar antes de que los hombres de las fotografías puedan llegar ahí”²⁰. El conflicto mexicano fue considerado un problema post-electoral sin comparación a otros levantamientos continentales (refiriéndose a los casos de Nicaragua, Cuba y Puerto Rico), por lo que se esperó su pronta consumación.

Meses después, a principios de 1911 se registró un importante giro en la postura de la prensa estadounidense; pareció que en México la violencia era imparable y amenazó con extenderse a los Estados Unidos. Para evitar que estas noticias fueran difundidas, el gobierno mexicano buscó cerrar sus fronteras a la prensa estadounidense mediante la censura e intervención de las líneas telegráficas; ello con la finalidad de “minimizar la gravedad de la situación, pese al sentimiento generalizado de inquietud de la capital”²¹. Los voceros del gobierno mexicano declararon a la prensa internacional que la intención de esta medida era “el control total de las comunicaciones telegráficas para su coordinación”²², ello con la intención de combatir el asedio rebelde.

Sin embargo, desde los Estados Unidos se estimó que “la situación en México es tan seria que el gobierno mexicano dio los primeros pasos para prevenir noticias sobre la rebelión de la mirada del mundo exterior”²³. Ante las medidas restrictivas, los diarios extranjeros se nutrieron de las declaraciones de las primeras oleadas de viajeros que cruzaban la frontera en búsqueda de refugio, los cuales no fueron del todo objetivos.

El servicio secreto mexicano informó vía telegrama a la Casa Blanca que “americanos, como otros extranjeros, pueden descansar seguros. Ninguna casa extranjera de

¹⁹ *Montour American*, Danville, Pensilvania, Estados Unidos, 14 de abril de 1910, p. 8

²⁰ *Los Angeles Herald*, Los Ángeles California, Estados Unidos, 30 de noviembre de 1910, p. 9

²¹ *New York Tribune*, Nueva York, Estados Unidos, 23 de noviembre de 1910, p.2

²² *Evening Times Republican*, Marshalltown, Iowa, Estados Unidos, 22 noviembre de 1910, p. 1

²³ *Evening Times Republican*, Marshalltown, Iowa, Estados Unidos, 22 noviembre de 1910, p. 1

negocios será tocada y los extranjeros no deben temer ataques”²⁴. Por su parte, Francisco I. Madero, desde Eagle Pass, Texas, llamó a sus seguidores a respetar los intereses extranjeros, para eludir cualquier conflicto internacional. Además, en su comunicado “mencionó una lista de propiedades americanas que no se debían dañar. Los líderes buscaron prevenir la intervención americana”²⁵. El objetivo final de los comunicados de ambos mandos fue minimizar las noticias negativas sobre la situación mexicana que circulaban en entre la prensa estadounidense.

Por su parte, algunas voces entre la prensa estadounidense rechazaron la conveniencia de una intervención armada, señalando que “los norteamericanos que tiene negocios en México, no pueden quejarse por los perjuicios que puedan resultarles con la revolución, porque es cosa que puede sucederles en cualquier país”²⁶. Mientras tanto, la prensa mexicana buscó desmentir las noticias que escandalizaron a la población estadounidense; se acusó a los diarios extranjeros de especular y poner nerviosa a la población extranjera en México. En una nota de *El País*, se felicitó al diario estadounidense *The Times* por haber desmentido la noticia (que días antes publicó en primera plana) respecto a que “una multitud enfurecida apedreó al Palacio Nacional de Méjico [sic.]”²⁷. Se consideró que esta rectificación fue muestra de que no se debía creer en cualquier noticia publicada por la prensa, pues algunos corresponsales podrían actuar de mala fe o con intención de generar discordia entre ambas naciones.

Pese a la desinformación y censura, el Departamento de Estado se declaró neutral ante el conflicto revolucionario en México; a sabiendas de que los rebeldes se armaban en territorio estadounidense se “ordenó al servicio secreto que vigilara cualquier movimiento, así como prevenir la movilización de fuerzas de los Estados Unidos a toda costa [...] los Estados Unidos están determinados a prevenir cualquier infracción a las leyes de neutralidad”²⁸.

²⁴ *El Paso Herald*, El Paso, Texas, Estados Unidos, 24 de noviembre de 1910, p. 1

²⁵ *The Marion Daily Mirror*, Marion, Ohio, Estados Unidos, 23 de noviembre de 1910, p.1

²⁶ *The Saturday Evening Post*, Pensilvania, Estados Unidos, 8 marzo de 1911, p.1

²⁷ *El País*, Ciudad de México, México, 21 de marzo de 1911, p.2

²⁸ *The Spokane Press*, Spokane, Washington, Estados Unidos, 19 de noviembre de 1910, p. 1

Esta neutralidad fue denunciada por la prensa estadounidense como un discurso que no contribuyó a la paz, pues la venta de “grandes cantidades de munición y armas de fuego ha sido secretamente dispuesta a lo largo de la frontera”²⁹. La economía fronteriza había repuntado desde mediados de 1910, por lo que el no intervenir en la lucha revolucionaria tenía en el trasfondo la intención de impulsar la economía de la frontera. Mientras tanto, en el Senado de los Estados Unidos se realizaron acalorados debates. Uno de los más significativos protagonizados por el senador republicano Stone de Missouri quien señaló que para proteger a sus ciudadanos el presidente Taft debería enviar al ejército hacia México; en respuesta el senador demócrata Bacon de Georgia “concedió que han muerto algunos americanos inocentes en la frontera de México, pero aseguró que los Estados Unidos no pueden inmiscuirse en ciertas cosas, pues hay que mirar el futuro y medir los actos”³⁰. Los debates entre partidos se extendieron por días, pues mientras los republicanos pretendían el envío de una armada para “protección”, los demócratas consideraron que “una intervención ocasionaría una guerra, en la que seguramente habría que lamentar la muerte de miles de americanos y mexicanos”³¹. Finalmente, se concluyó que la idea de la intervención era precipitada, respaldando la postura del presidente Taft.

Del intervencionismo sobre Latinoamérica al caso mexicano, sus simpatizantes

A inicios de la segunda década del siglo XX en los Estados Unidos surgieron voces que se propusieron legitimar la intervención de la Casa Blanca en América Latina. Para el ex ministro estadounidense en Honduras, Philip Marshall Brown la situación política en Centroamérica de 1906 a 1912, pudo describirse “después de dos guerras, tres revoluciones exitosas [incluyendo la mexicana] y cinco levantamientos más abortados como evidente turbulencia e inestabilidad política que consume a la región” (Brown,

²⁹ *The Spokane Press*, Spokane, Washington, Estados Unidos, 19 de noviembre de 1910, p. 1

³⁰ *El Diario*, Ciudad de México, México, 11 de mayo de 1911, p.2

³¹ *El Diario*, Ciudad de México, 11 de mayo de 1911, p.2

1912, p.246-249).

Se consideró que la intervención estadounidense en Latinoamérica fue gradual, de la mediación a la intervención armada³². Se trató de un proceso complejo, cuyo objetivo fue restablecer la paz perdida en algunas repúblicas. Según Marshall Brown, “nuestro gobierno se ha ocupado incesantemente en la tarea de reconciliar sus diferencias, atajar revoluciones, evitar la guerra y facilitar el retorno de la paz” (Brown, 1912: 245). Fue así como Estados Unidos se auto declaró una nación reconciliadora.

Quienes defendían la labor diplomática estadounidense como una acción pacificadora sostuvieron que a ello se le debía sumar el esfuerzo por impedir que Europa invadiera, controlar o interfiriera en asuntos americanos; lo que traería fuertes conflictos de interés. Otra amenaza combatida fue la creación de bloques o federación de naciones; por ello el unionismo de Zelaya o la Gran Nación bolivariana fueron vistos desde E.U como posibles amenazas³³.

Del otro lado, el rechazo al intervencionismo norteamericano no solo fue público en Latinoamérica, también entre la prensa y algunos círculos políticos estadounidenses se demandó un cambio en la política internacional de Washington.

Frente a estas críticas Marshall Brown llamó a la prudencia, pidiendo a sus detractores que se informaran sobre la diplomacia norteamericana; señaló que las críticas eran

³² La primera acción mediadora del siglo XX según Brown, fue encabezada por Roosevelt y P. Díaz a fin de resolver el conflicto de inicios de siglo, en el que Guatemala se enfrentó vía armada a Honduras y El Salvador. Esta mediación terminó exitosamente con la firma de arreglos que pusieron rápido fin al conflicto; no obstante en 1907 el presidente de Nicaragua José Santos Zelaya le declaró la guerra a Honduras a fin de crear una Gran Federación Centro Americana, rechazando la intermediación estadounidense. Por tanto, como acción preventiva, protección a las vidas y propiedades de interés extranjero y la supuesta violación a los arreglos de 1907, los Estados Unidos enviaron a costas de Honduras barcos de guerra. Esta medida disuasoria para el autor, resultó ser más efectiva que la propia mediación en relación a los intereses de Washington sobre América Central pues en 1909 las acciones militares estadounidenses fueron directas, a causa del asesinato de dos marinos americanos por parte del régimen de Zelaya, lo que culminó con su exilio a España.

³³ En el caso del unionismo centroamericano este fue considerado por Brown y algunos otros académicos de su universidad (Princeton) como un proyecto positivo; solo si su formación clara, conducía al fortalecimiento económico de la región (formada por Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Guatemala) en alianza con los Estados Unidos, así como que se permitiera que los Estados Unidos fueran oficialmente los custodios de la independencia de Centro América, pero también quienes frenaran futuras ambiciones de expansión territorial por parte de esta nueva nación. Ver listado de condicionantes completo de los casos latinoamericanos que atendió la política exterior estadounidense en: (Brown, 1912, p. 257)

producto de la escasa información respecto a la acción de los Estados Unidos en el mundo. Para el Departamento de Estado, no era intención del gobierno mantener desinformada a la población, sino que al tratarse de situaciones delicadas no siempre la política exterior podía ser divulgada inmediatamente. Además, se destacó que las pocas lecturas existentes sobre el intervencionismo tenían erradas conclusiones, muchos provenientes de relatos de viajeros casuales o de residentes perjudicados que huían de estas localidades (Brown, 1912: 152).

Según este autor, era necesario considerar el delicado papel de los Estados Unidos ante el mundo y en especial ante América Latina. La responsabilidad e intereses eran muchos, entre los que sobresalieron los intereses económicos. Se consideró que la distancia cultural entre el del hispano y el anglosajón obstaculizaba su convivencia, “nuestros métodos directos de pensar y actuar, para ellos para ellos son considerados como intolerables, inconsiderados y groseros” (Brown, 1912: 154). Ello como consecuencia de que en los países que van de México hasta Panamá se comparte sangre, historia, idioma e inclusive religión.

Además, algunos autores en Washington señalaron con pesimismo que entre los gobierno latinoamericanos “sus procedimientos de razonamiento son indirectos, elaborado formalismo, generando extremas demandas a nuestra paciencia [además] sus hábitos políticos, su actitud hacia la ley y los tribunales, son casi todo lo contrario a la nuestra” (Brown, 1912: 154).

Por otra parte, se explicó que la tradición colonial de la que fueron herederos estos gobiernos los hacía proclives a la influencia cultural y económica europea. A ello se le debió agregar el espíritu anti-yanqui que resultó de “la toma de California a México, la ocupación de Puerto Rico, el protectorado sobre Cuba, la administración en Santo Domingo, el golpe de Estado en Panamá” (Brown, 1912: 155). Por lo tanto, aunque la intervención estadounidense fue respaldada en Latinoamérica por las facciones internas inmediatamente favorecidas, el resto de la población la veía con recelo, no se toleraría la acción de quienes despectivamente eran referidos como *gringos*³⁴.

³⁴ Brown explica en una nota aclaratoria a pie de página que “Gringo” se originó durante la Guerra con México por las primeras dos palabras de la popular canción “Green grow the Rushes”

Después de la caída de Madero, con el arribo de Huerta a la presidencia en 1913 se percibía entre la opinión pública la posibilidad de una intervención armada estadounidense tras el retiro del Embajador Henry L. Wilson. Se publicaron en Latinoamérica algunas notas que se solidarizaban con México. Más allá de respaldar al régimen de Huerta, se realizaron llamados a “órganos de publicidad sudamericanos, para emprender una campaña periodística, enérgica, para que los Gobiernos de las Repúblicas latino-americanas protesten de la intromisión en los asuntos nacionales”³⁵. Condenar públicamente las acciones “imperialistas” de Washington era una exigencia de respeto a la soberanía no solo de México, sino del resto del continente.

Pese a las muestras de rechazo, las acciones intervencionistas de la Casa Blanca sobre no cesaron, hacerlo significaría permitir que Europa se reposicionara en el continente. Por tanto, los prointervencionistas aseguraron que las naciones latinoamericanas, y particularmente las centroamericanas, aunque no tenían ninguna tutela (y se negaban a ella) debían “naturalmente ser tratados como niños, no pueden oponerse a ser tratados como hermanos menores a los que tenemos afecto y deseo ferviente y desinteresado de servir” (Brown, 1912: 159).

cantada por soldados americanos e imperfectamente traducida por sus enemigos mexicanos fue tomada como una manera despectiva de llamarlos. En: (Brown, 1912, p. 155)

³⁵ *Do Noite*, Río de Janeiro, 18 de diciembre de 1913, p. 4

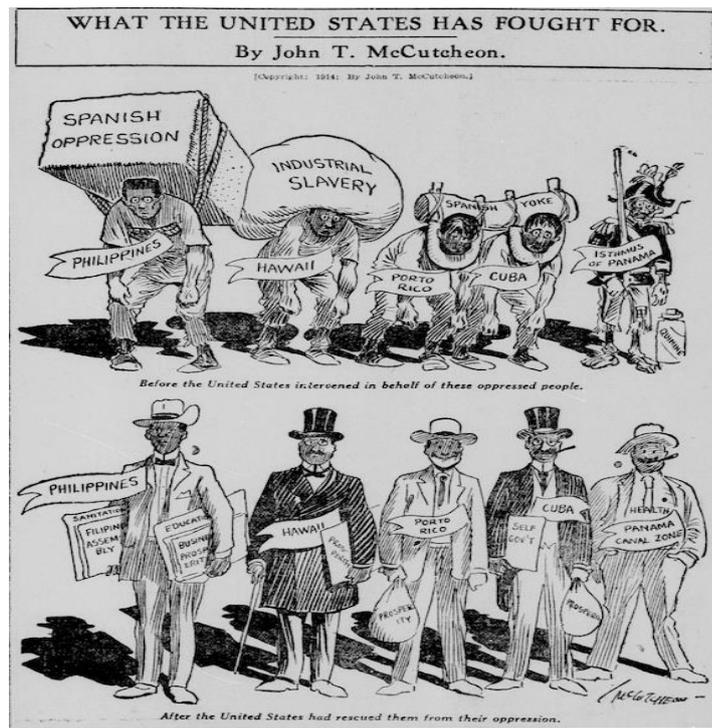


imagen I: “Por lo que los Estados Unidos han luchado” por John T. McCutcheon, [...] Antes de que los Estados Unidos intervinieran en nombre de esa gente oprimida [...] Después de que Estados Unidos los rescatara de la opresión, en: *The Arizona Republican*, Arizona, Estados Unidos, 5 de mayo de 1914, p. 1

La prensa estadounidense destacó que la intervención era la única vía para conducir a las naciones latinoamericanas hacia la modernidad, volverlas prósperas, saludables y con capacidad de autogobernarse. Se calificó que la opresión española que les antecedió era una loza pesada, un yugo que se había heredado a Latinoamérica, manteniéndolas serviles, débiles, incapaces de conducirse a sí mismas. Se calificó a la acción de Washington como liberadora, tras la que las naciones intervenidas mudaban la ropa harapienta y el servilismo por los sombreros de copa y la libertad.

En consecuencia, a pesar de las diferencias culturales, económicas, sociales y hasta étnicas evidentes entre el mundo anglosajón e hispanoamericano explicaban el desprecio del que fue objeto la política exterior de Washington. Pese a todo, se les debía considerar hermanos que debían tutelarse, por lo menos hasta que adquirieran la madurez y experiencia adecuada para dirigir su propio destino. Además, se aseguró a las

voces detractoras que “los Estados Unidos serán liberados de la vergüenza y peligros de intervenciones molestas, así como de imputaciones injustas que señalan a su accionar con fines indignos” (Brown, 1912: 163). La Doctrina Monroe no debería ser vista como una herramienta para obtener el poder, sino para ayudar a los pueblos americanos a que se salvaran de las caóticas condiciones que atravesaban.

Por su parte, algunos académicos sostuvieron que la doctrina Monroe era una forma de resolver “las condiciones inestables de muchos de estos estados [países latinoamericanos], que bajo formas republicanas de constitución han usado el despotismo para mantener su influencia ocasional” (Edwin M. Borchard, 1922: 249). La tutela estadounidense debía considerarse como un punto de paso hacia la autonomía continental.

Del intervencionismo sobre Latinoamérica al caso mexicano, sus detractores

Sin embargo, en Estados Unidos no solo circularon textos que respaldaron o justificaron la política internacional de la Casa Blanca sobre América Latina, también abundaron publicaciones detractoras a la política de Washington; algunos deslegitimaron públicamente el intervencionismo, al exhibir las violaciones a la autonomía y libertad de la que eran víctimas los pueblos latinoamericanos.

En septiembre de 1912 proveniente de El Salvador desembarcó el General Juan Leets³⁶ a la ciudad de Washington D.C., con el fin de presentarse ante el comité de El Senado encargado de los asuntos revolucionarios en Sudamérica³⁷. Como representante del partido liberal en Nicaragua preparó documentos y cartas firmadas por habitantes estadounidenses y oficiales nicaragüenses, los cuales consideró como “sensacionales revelaciones”, declaró que:

A menos de que se tomen medidas para contrarrestar el sentimiento anti-estadounidense, la propaganda a favor del boicot contra todos los productos procedentes de los Estados Unidos barrerá todos los países

³⁶ Este militar era Ruso de Nacimiento, sin embargo se declaró adoptado por Nicaragua, nación a la que le ofrecería todos sus servicios como representante exterior en los Estados Unidos.

³⁷ *The San Francisco Call*, San Francisco, California, 1 de octubre 1912, p.1

de Latinoamérica³⁸.

Este político centroamericano llegó a los Estados Unidos para exigir un giro en la política exterior estadounidense, pues se señaló como alarmante la intervención de este gobierno sobre los asuntos continentales. Leets pretendió disuadir la llamada “diplomacia del Dólar” (intervencionismo económico) mediante un libro que repartió al Senado, Miembros de la Cámara de Representantes y al público americano (Leets, 1912). El texto, *United States and Latin America, Dolar Diplomacy* fue el texto en que se criticó la postura del Secretario de Estado Philander Knox, pues su estrategia intervencionista arruinó las relaciones entre Estados Unidos y los pueblos Latinoamericanos; calificó sus políticas como ruines y egoístas que solo veían el beneficio de la clase capitalista estadounidense (Leets, 1912: 3).

En teoría, la “diplomacia del dólar” instrumentó contratos y préstamos entre banqueros de Wall Street y naciones intervenidas; ejemplo de ello fue el financiamiento a Nicaragua que buscó reconstruir a la nación después del derrocamiento del presidente Zelaya. Se denunció que estos préstamos no solo aseguraron ganancias de millones de dólares pagados por la población, también, se extendía la licencia de “explotar los vastos recursos de los países e inclusive administrar sus asuntos gubernamentales” (Leets, 1912: 4).

Además se acusó a Knox de apoyar a la revolución en Nicaragua de 1909, y por el otro oponérsele, pues estuvo dispuesto a “sacrificar la vida de soldados norteamericanos apoyando a un usurpador, es decir, realizar un doble juego de apoyo que buscaba el caos político y entregar al país a los banqueros de Nueva York” (Leets, 1912: 4). La codicia era el único objetivo real de la política del Departamento de Estado, pero Leets fue cuidadoso en destacar que no esta penosa situación no era culpa del pueblo estadounidense, al que consideraba hermano, al que tendía la mano y respetaba con afecto.

A manera de ejemplo Leets consideró desigual la actuación estadounidense hacia Nicaragua frente a la de México: ambas naciones registraron un estallido civil contra un

³⁸ *The San Francisco Call*, San Francisco, California, Estados Unidos, 1 de octubre 1912, p.1

dictador, se solicitó el apoyo de armas, se afectaron los intereses económicos extranjeros; sin embargo, mientras que la Casa Blanca actuó invasivamente contra el pueblo centroamericano, fue en extremo cauteloso y tolerante con su vecino del sur.

Esta desigualdad en el trato de la política exterior de la Casa Blanca no podía ser explicada más que por los intereses financieros norteamericanos impulsados por la “diplomacia del dólar”, con lo que se confirmaban las malas intenciones de los capitalistas estadounidenses.

En Nicaragua, a excepción por la muerte de dos miembros estadounidenses (...) en batalla, la vida de americanos nunca fue puesta en peligro, ni fue destruida propiedad estadounidense; en México un cuantioso número de estadounidenses han sido asesinados sin motivo, decenas heridos, algunos han pedido su rescate, y millones de dólares en propiedades americanas han sido destruidas (Leets, 1912: 5).

Es entonces que la “justificación” de intervenir para prevenir pérdidas de vidas e intereses extranjeros en América Latina era una verdad manipulada al interés de Wall Street. El Departamento de Estado fue espectador ante el estallido revolucionario, aun cuando los derechos e intereses estadounidenses eran abiertamente violados; mientras tanto que en Nicaragua, pese a las garantías ofrecidas por los golpistas, la actitud estadounidense desde un principio fue hostil.

Fue hasta abril de 1914 cuando las relaciones entre México y Estados Unidos cayeron en profunda crisis como resultado de la deslegitimación que sufrió el gobierno de Huerta, además de su incapacidad para garantizar el respeto a los intereses estadounidenses. Fue hasta entonces que con el pretexto de un ataque y el interés de defender la vida y propiedades de los estadounidenses se desplegó una invasión al puerto de Veracruz.

La política exterior estadounidense hacia México dio apariencia de homogeneidad, marchante al ritmo dispuesto desde Washington. La diplomacia estadounidense se erigió discursivamente como ejemplar, no solo por procurar la democratización

latinoamericana, sino también por permanecer al margen de los conflictos internacionales, particularmente los acontecidos en Europa.

Más allá de las demandas internacionales, la diplomacia estadounidense de 1910 a 1914 se movió en distintas tónica y ritmos. Particularmente la acción de algunos grupos de presión e intereses personales marcaron la pauta para el comportamiento errático de la diplomacia. Públicamente se justificó la acción armada estadounidense como un acto de humanidad, pacificación y liberación, en la práctica respondió a causalidades internas que poco beneficiaron a la población.

Al interior de los Estados Unidos emanaron distintas lecturas respecto a la acción intervencionista de Washington. Es importante señalar que no siempre el interés económico se impuso sobre la ley internacional y la posibilidad de perder la legitimidad internacional. Aunque la acción armada en muchos casos parecía la única salida al conflicto, en otros, se consideró que el derramamiento de sangre acrecentaría peligrosamente el sentimiento anti-estadounidense que se gestaba en algunas regiones de Latinoamérica.

Sin embargo, la intervención militar fue una constante en la política exterior de Washington (México 1914, Haití 1915, República Dominicana 1916). Aunque no en todos los casos se procuró la ocupación de territorios; ejemplo de ello es el caso mexicano en el que, a pesar de haber tomado Veracruz en 1914, se evitó la sumisión total del país que se consideró en ruinas, pues se consideró que su ocupación costaría más que el beneficio alcanzado a largo plazo.

Las distintas voces sobre el intervencionismo: consideraciones finales

Las críticas al intervencionismo estadounidense en Latinoamérica circularon dentro y fuera de los Estados Unidos. Se trató de grupos políticos, actores y organizaciones civiles que alzaron la voz en distintas tónicas y escenarios. *The Workers Library Publishers*, una casa editorial propiedad de "The Workers Party of América" con sede en Nueva York (auto-declarado comunista) publicó panfletos que denunciaron la posición imperialista de los Estados Unidos sobre el continente.

Condenaron a Washington ser el principal promotor del sentimiento antiestadounidense extendido por Latinoamérica, ello como resultado de los embates militares contra la soberanía de sus gobiernos. Ejemplo de ello fue el caso centroamericano en el que: “la heroica armada revolucionaria de Nicaragua ha ganado el apoyo y las simpatías de las masas trabajadoras alrededor de América Latina lo que ha fortalecido las demandas de una lucha unida contra la creciente invasión de Wall Street” (Wolfe, 1928: 3). El peligro estaba en que ahora no solo se fomentaría un combate entre hombres de estado, sino que los mismos pobladores rechazarían cualquier cosa estadounidense, incluyendo al comercio.

Aunque en distintas ocasiones se aludió que las diferencias culturales entre los pueblos hispanos y anglosajones, en este caso se desestimó, pues el origen del conflicto no era racial, sino material, por lo que los pueblos latinoamericanos debían unirse contra los capitales millonarios de los estadounidenses. Se denunció que la clase capitalista era destructora de la democracia latinoamericana, enviado “policías, la guardia nacional y ejército para romper huelgas [...] desde los Estados Unidos” (Wolfe, 1928: 3). En consecuencia, se llamó a los propios trabajadores estadounidenses a pelear contra el imperialismo yanqui.

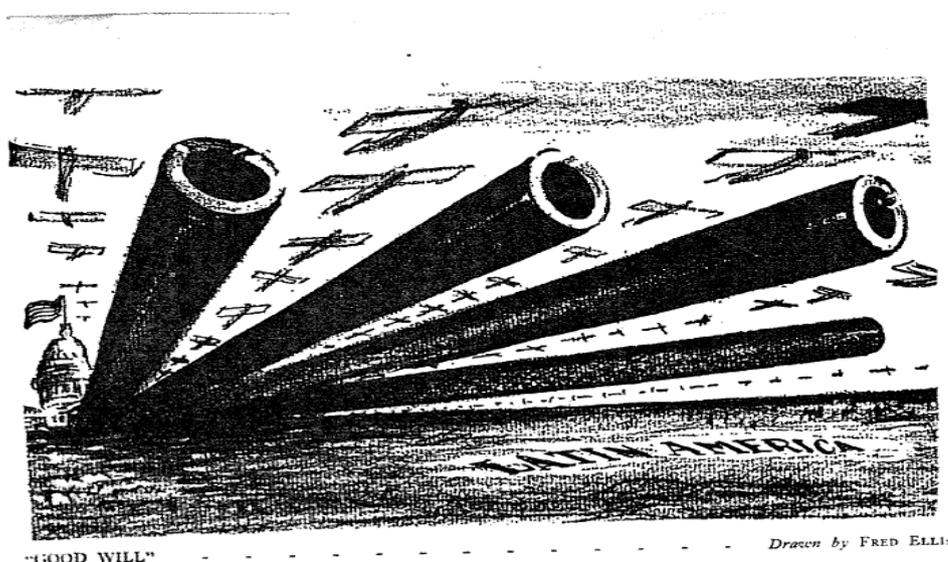


Imagen II: “Buena fe” dibujo de Fred Ellis, en: (Wolfe, 1928: 4)

Se consideró que los actos de “Buena fe” estadounidenses no eran sino formas de justificar el intervencionismo depredador de los capitalistas de *Wall Street*. No dudarían

en usar las armas en contra de todo aquel que se interpusiera al interés económico, fueran naciones o grupos de trabajadores al interior del país; por tanto, la única forma en que Latinoamérica se podría sacudir al imperialismo estadounidense, era promoviendo la unión entre los pueblos al sur del río Bravo.

Fue así como detractores al intervencionismo desde los Estados Unidos buscaron sacar de los conflictos latinoamericanos algún provecho, en este caso, se pretendió convocar a los partidos comunistas latinoamericanos. La única manera de acabar con la deplorable situación continental era uniéndose al comunismo internacional impulsado por la Unión Soviética, y por otro, fomentar la cooperación latinoamericana para expulsar del poder a “gobiernos marionetas del imperialismo americano, y a algunos gobiernos que siguen siendo marionetas del imperialismo británico” (Wolfe, 1928: 14).

Evidentemente los postulados comunistas fueron una base importante de denuncia al intervencionismo estadounidense dentro de los Estados Unidos, lo que explica el énfasis a los aspectos económicos y ambiciones del imperialismo extranjero sobre el continente. Una visión parcial, aunque crítica del intervencionismo estadounidense, pues se deja de lado el análisis de los conflictos políticos al interior de Latinoamérica.

Desde distintas perspectivas, la intervención fue controversial pues mientras se justificó la acción tutelar estadounidense, también se puso en duda la vigencia de la Doctrina Monroe. La actuación intervencionista de Washington ante Cuba y Nicaragua son dos casos que permiten dilucidar cómo la acción armada sobre Latinoamérica fue justificada como una necesidad para la pacificación y autodeterminación continental. El despliegue de tropas o la intervención en los asuntos políticos internos pretendió posicionar a la Casa Blanca como el eje articulador de la democratización latinoamericana; sin embargo, ante el estallido revolucionario de 1910 en contra de Porfirio Díaz, la actuación del el gobierno estadounidense fue prudente, hasta extremos criticados dentro y fuera de los Estados Unidos. Aún con la noticia de asesinatos, heridos, robos y daños, el Departamento de Estado se mantuvo expectante, esperando que el gobierno de Díaz mantuviera la situación bajo control. Los intereses petroleros, mineros e industriales sobre México fueron determinantes para generar prudencia en el actuar del Departamento de Estado.

Esta postura tanto en Centroamérica como en los Estados Unidos causó una fuerte la indignación, pues la intervención armada parecía la única solución al conflicto (Leets, 1912: 3). Evidencia que las relaciones México-Estados Unidos durante las primeras dos décadas del siglo XX se desarrollaron de manera distinta a cualquier otro caso latinoamericano; para su análisis es necesario considerar el enfoque de la teoría de la *interrelación compleja* (Borja Tamayo, 1997: 32-36). Desde esta perspectiva se explica que la situación revolucionaria que estalló en México desde 1910 generó amplias expectativas entorno a una pronta intervención estadounidense; sin embargo, existieron condiciones políticas, económicas y sociales internas y externas que generaron que la Casa Blanca decidió no actuara abiertamente a favor o en contra de los bandos en pugna.

Es imposible considerar entonces que la relación entre México y Estados Unidos fue unilateral, pues ni la Casa Blanca o los distintos grupos revolucionarios que ascendieron al poder tuvieron la capacidad de establecer plenamente sus prerrogativas; por lo que fue en la diplomacia y diplomáticos que se instauró un puente intermitente de relaciones entre el Palacio Nacional y la Casa Blanca. Se trató de una relación de intensas negociaciones que llevaron a disputas políticas importantes, aún cuando sus fuerzas militares se enfrentaron.

Desde esta perspectiva la política de Estado norteamericana actuó homogéneamente solo en la formalidad pues ante los múltiples intereses que se extendieron desde Estados Unidos sobre México, el presidente, el senado, el congreso, el Departamento de Estado y los miembros consulares actuaron sobre distintas tónicas e intereses. Fue entonces que la negociación guió a la política exterior y a la diplomacia estadounidense, hecho que sobrepasó la misión de la Doctrina Monroe.

Sin embargo, la Revolución fue entendida desde los Estados Unidos como un escenario sobre el que se podía desplazar la influencia europea. Pese a la caída de Díaz y Madero, la postura estadounidense fue de neutralidad, una expectación que terminó cuando los grupos de interés económicos estadounidenses lograron incidir en la opinión pública que llamó a una pronta acción armada. El gobierno de Huerta fue atacado no solo por

ser señalado como usurpador, sino al demostrar que era incapaz de establecer un régimen estable y democrático a corto plazo.

La intervención armada estadounidense en Veracruz en 1914 cristalizó el giro en la política exterior de Washington que resultó del impacto de algunas notas periodísticas, editoriales, y publicaciones que denunciaron la “barbarie”. Se trató entonces de una suma de ingredientes emulsionantes, que impactaron en la opinión pública, particularmente por el escándalo causado por las noticias de despojos y matanzas. Finalmente, es importante reflexionar sobre el propio intervencionismo estadounidense que alimentó a la conformación de un sentimiento nacionalista antiextranjero, que pretendió extirpar de México al antiguo régimen y sus beneficiarios. Una postura que a su vez alimentó el desacuerdo de Washington con el gobierno mexicano, multiplicando en territorio estadounidense los llamados a una definitiva intervención, solo que ahora se buscaba que esta fuera política y no militar.

La política estadounidense sobre Latinoamérica es una temática que se puede analizar desde distintas aristas, por lo que para explicarlas históricamente es necesario sobrepasar las clásicas explicaciones sustentadas en el interés territorial y la actuación de algunos grupos de presión. Por tanto, *la interdependencia compleja* es un enfoque de análisis innovador el explicar que las relaciones entre la Casa Blanca y el gobierno mexicano desde principios del siglo XX; ello permite explicar por qué a pesar de las múltiples justificaciones a una acción armada sobre México, se levantaron al interior de los Estados Unidos fuertes controversias, discusiones, críticas y propuestas que buscaron eludir la guerra. Se consideró que la relación con México se debía distinguir del resto de naciones continentales; desde entonces, los temas de frontera, relaciones comerciales, intercambios culturales, migración y política exterior han formado parte sustancial de la agenda exterior de ambos Estados.

BIBLIOGRAFÍA

Borchard, Edwin M., (1922) The United States as a factor in the development of international relations. En: Edmund A. Walsh (ed.) *The history and nature of international relations*, Washington, Georgetown University.

Borja Tamayo, Arturo (1997) "Enfoques para el estudio de la política exterior de México: evolución y perspectivas" en: *La política exterior de México, enfoques para su análisis*, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos-COLMEX.

Brown, Philip Marshall, (1912) American Intervention in Central América. En: *The American Political Science Review*, Nueva York, Vol. 6, N°1.

Henderson, John B., (1901) *American Diplomatic Question*, New York, London Macmillan Company.

Leets Juan, (1912) *United States and Latin America, Dolar Diplomacy*, New Orleans, The L. Graham Co., Ltd., Printers.

Meyer, Lorenzo, (1973), *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Wolfe, Bertram D. (1928), *Revolution in Latin America*, Estados Unidos, Workers Library Publishers.

Wyeth, John Allan, (1916) *The Great American Parrrty and The Great Republic, The United States of América: One government and One National Language from Panama to the Artic Pole*, Estados Unidos, S/E.

Hemerografía

Do Noite, Río de Janeiro, Brasil

El Diario, Ciudad de México, México

El País, Ciudad de México, México

El Paso Herald, El Paso, Texas, Estados Unidos

Evening Times Republican, Marshalltown, Iowa, Estados Unidos

Los Angeles Herald, Los Ángeles California, Estados Unidos

Montour American, Danville, Pensilvania, Estados Unidos

New York Tribune, Nueva York, Estados Unidos

St. Louis Republic, San Luis, Missouri, Estados Unidos

The Alamogordo News, Alamogordo, Nuevo México, Estados Unidos

The Arizona Republican, Arizona, Estados Unidos

The Marion Daily Mirror, Marion, Ohio, Estados Unidos

The Paducah Daily Sun, Paducah, Kentucky, Estados Unidos

The San Francisco Call, San Francisco, California, Estados Unidos

The Saturday Evening Post, Pensilvania, Estados Unidos

The Spokane Press, Spokane, Washington, Estados Unidos